

## **Habemus Papam**

Un rato antes de que el humo blanco saliera de la Capilla Sixtina, anunciando la elección del nuevo Pontífice, una gaviota se posó sobre su larga chimenea de bronce. Luego, se dijo que el ave era de la especie “*larus argentatus*”, y que *argentatus* hacía referencia a un color, en la heráldica europea, derivado del color plata o *argentum*, lo mismo que el nombre del país de donde era oriundo el Papa electo: Argentina. ¿Mera casualidad, obra del Espíritu Santo, coincidencia, sincronismo o misterio? Un poco de todo ello, como si Dios, con su inmenso poder y gloria, regalara un signo adicional, no sólo al mundo, sino especialmente a los argentinos. Ya que, efectivamente, el nombre de nuestro país se deriva de *argentum* (plata) y del “Río de la Plata” con el que Sebastián Caboto, en 1527, nombró al enorme estuario (el río más ancho del mundo) porque pensó que, trasponiendo su desembocadura, encontraría la famosa “sierra del Plata”, donde vivía “el rey blanco”, y de la que tanto habían hablado los primeros españoles arribados a Sudamérica con Juan Díaz de Solís. Pero lo cierto fue que en nuestras tierras no había oro ni plata, sino una inmensa pampa desolada, recostada y dormida sobre un río barroso, cuyo lecho se llenaba de arena y limo, traídos por dos ríos conocidos como Paraná y Uruguay.

Después de la quinta votación y de que la simbólica gaviota volase abandonando aquella chimenea, surgió el humo, gris al principio, que fue convirtiéndose poco a poco en blanco, al tiempo que las campanas de la basílica de San Pedro comenzaron a repicar y la gente, reunida en la plaza, supo que el Papa había sido elegido.

Ya era de tarde y garuaba sobre la milenaria plaza donde otrora funcionó el circo de Nerón, sobre la colina del monte Vaticano, en la que san Pedro, hijo de Simón y escogido por Cristo para ser la piedra sobre la que construiría su Iglesia, fue crucificado boca abajo,

porque no se sentía digno de morir como su Maestro. Eran las 19.06 del miércoles 13 de marzo de 2013, durante el segundo día del cónclave. La gente, ladeando los paraguas, dejó de mirar el humo y se concentró en el balcón, porque por allí aparecería el nuevo Santo Padre.

¿Quién será?, se preguntaban los romanos y los peregrinos que tenían la fortuna de presenciar aquel momento de tanta importancia para la Iglesia y el mundo. ¿Será Angelo Scola, el cardenal italiano que fuera obispo de Venecia y ahora lo era de Milán? ¿Será Odilo Scherer, el renombrado arzobispo de San Pablo, que viene del lejano Brasil? Claro, eran los dos grandes candidatos. Los ciudadanos de Roma, se dirían unos a otros que, esta vez, la sede de Pedro volvería a recaer en un italiano. No podía ser de otra manera, luego de haber tenido un Papa polaco y otro alemán. Ya no era posible escoger a uno que no fuera de Italia, porque si había problemas con la curia y el banco del Vaticano, ¿quién, sino un italiano podría resolverlos?

Pero algunos peregrinos dirían que era tiempo de salir de Europa y escoger a alguien venido de América, donde se concentraban el cuarenta y nueve por ciento de los católicos de todo el mundo, siendo Brasil el país con mayor cantidad de fieles. Por esa razón, sería conveniente escogerlo del Nuevo Mundo, porque allí también la Iglesia venía perdiendo fieles de a millares, no sólo por el secularismo y consumismo, sino por el avance de los evangélicos y de aquellos líderes populistas que usaban la religión, mezclándola con la política, hasta convertirla en un viejo mito del que podían extraerse sincretismos diversos, como el de la imagen de Hugo Chávez colocada en los rosarios.

Finalmente, llegó la hora y el minuto esperado. Se abrieron las cortinas blancas del salón central de la basílica, cuyas ventanas iluminadas lucían engalanadas como en las grandes fiestas, cubiertas de púrpura y dorado. Alguien de la seguridad abrió el picaporte de la

puerta del ventanal y el cardenal protodiácono, el francés Jean Louis Tauran, salió al balcón acompañado por dos ceremonieros. El de la derecha le acercó un micrófono y el de la izquierda sostuvo el libro que habría de leer. El viejo purpurado, contrayendo un poco su voz, debido a la edad y al mal de Parkinson que lo hacía temblar un poco, dijo en un latín suave y pausado: “*Annuntio vobis gaudium magnum; habemus Papam: Eminentissimum ac Reverendissimum Dominum, Dominum Georgium Marium Sanctae Romanae Ecclesiae Cardinalem Bergoglio qui sibi nomen imposuit Franciscum.*”

La gente, mirándose, se preguntaba: ¿Quién? ¿Qué nombre ha dicho? ¿Qué fue lo que dijo sobre el nombre elegido? ¿Dijo Francisco? Y lo que dijo fue: “Les anuncio un gran gozo: ¡Tenemos Papa! El eminentísimo y reverendísimo Señor, don Jorge Mario, cardenal de la Santa Iglesia Romana, Bergoglio, que se ha impuesto el nombre de Francisco.” Profundo silencio, hasta que el *Franciscum* y el *Francesco* comenzaron a juntarse y a correr como reguero de pólvora por una plaza donde había dejado de llover, mientras las cortinas púrpuras se cerraban, ocultando nuevamente el ventanal. Entonces, estallaron los gritos, vítores y aplausos. Francisco, como el santo patrono de Italia. “¿Francesco, como il poverello de Assisi?”

Mientras, desde este lado del Atlántico, exclamábamos: “¿Bergoglio? ¿Jorge Mario Bergoglio? ¿Un Papa argentino? No, no puede ser.” Y la emoción fue ganándonos: “¡Es Bergoglio! ¡El cardenal primado de Argentina! ¡El arzobispo de Buenos Aires! ¡Gloria a Dios!” Y después se convirtió en un llanto de gozosa alegría.

Acá, en Buenos Aires, sonaron las bocinas en las calles y todos los que nos íbamos enterando buscamos un televisor, fuera en un bar, una tienda o la casa de un vecino. Allá, en Roma, mientras las campanas seguían repicando, una multitud se fue juntando en la plaza, venidos de todas partes, especialmente por la vía de la Conciliación, al tiempo que

los guardias suizos iban ocupando su sitio para mantener el orden y la banda musical de los carabineros entonaban himnos para el deleite de la gente.

Pocos minutos después, volvieron a abrirse las cortinas y precedido por el báculo con la cruz que usara Benedicto XVI, Francisco salió al balcón. Inmediatamente, levantó su mano derecha a la altura del rostro y comenzó a saludar a la muchedumbre girando hacia ambos lados. Los primeros comentarios del periodismo fueron: que la cruz que llevaba en el pecho, llamada pectoral, no era de oro, sino de plata; que no vestía la muceta roja, sino una estola blanca; y que, según alguien les informaba desde detrás del balcón, calzaba sus viejos zapatos negros, traídos de Argentina, habiendo rechazado los rojos tradicionales.

Francisco parecía un ser luminoso, transformado respecto a cómo los argentinos y los porteños lo habíamos visto últimamente en público, con la gracia impresa en su rostro, respirando tranquilo, observando a la multitud que lo vitoreaba, con un cierto dejo de sorpresa mezclada con agradecimiento, como si estuviese meditando lo que iba a decir. Sí, estaba transformado por la efusión del Espíritu Santo. Le acercaron un micrófono y comenzó diciendo:

*Hermanos y hermanas, buenas tardes. Saben que el deber del cónclave era dar un obispo a Roma. Parece que mis hermanos cardenales han ido a buscarlo casi al fin del mundo; pero aquí estamos. Les agradezco la acogida. La comunidad diocesana de Roma tiene a su obispo. Gracias. Y ante todo, quisiera rezar por nuestro obispo emérito, Benedicto XVI. Oremos todos juntos por él, para que el Señor lo bendiga y la Virgen lo proteja.*

Rezó entonces en un casi perfecto italiano, heredado de sus abuelos, un Padre Nuestro, un Avemaría y el Gloria. Lo hizo en forma segura, concisa, con las manos juntas, entre edecanes, ceremonieros y algún cardenal que lo acompañaba en el balcón. Luego, moviendo sus manos, como si fuera otro italiano, les dijo:

*Y ahora, comenzamos este camino: obispo y pueblo. Este camino de la Iglesia de Roma, que es la que preside en la caridad a todas las Iglesias. Un camino de fraternidad, de amor, de confianza entre nosotros. Recemos siempre por nosotros: el uno por el otro. Recemos por todo el mundo, para que haya una gran fraternidad. Deseo que este camino de Iglesia, que hoy comenzamos, y en el cual me ayudará mi cardenal vicario, aquí presente (refiriéndose a Agostino Vallini), sea fructífero para la evangelización de esta ciudad tan hermosa. Y ahora quisiera dar la bendición; pero antes, antes, les pido un favor, antes que el obispo bendiga al pueblo, les pido que ustedes recen para que el Señor me bendiga: la oración del pueblo, pidiendo la bendición para su obispo. Hagamos en silencio esta oración de ustedes por mí...*

La multitud se quedó en silencio mientras Francisco inclinaba la cabeza pidiendo la bendición sobre él. Era algo poco común lo que estaba pidiendo. Extraño, con un toque de distinción. Diferente, como un signo de premonición de un gran cambio. Momento de recogimiento, de llanto, de aplausos, hasta que Francisco se colocó la estola para dar la bendición a todo el mundo, concediendo indulgencia plenaria al darla.

*Ahora les daré la bendición a ustedes y a todo el mundo, a todos los hombres y mujeres de buena voluntad. Los santos apóstoles Pedro y Pablo, en cuya potestad y autoridad nos confiamos, intercedan por nosotros ante el Señor. Amén. Por las oraciones y los méritos de la beata siempre Virgen María, de san Miguel Arcángel, de san Juan Bautista y de los santos apóstoles Pedro y Pablo y de todos los santos. Dios omnipotente tenga misericordia de ustedes y perdone sus pecados, y Jesucristo los conduzca a la vida eterna. Amén. El Señor omnipotente y misericordioso les conceda la indulgencia, la absolución y la remisión de todos sus pecados, un corazón siempre bien dispuesto, la enmienda de vida, la gracia, la*

*consolación del Espíritu Santo y la perseverancia final en las buenas obras. Y la bendición de Dios Omnipotente: del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.*

Aplausos. Banderas que se agitan. El grito de: “¡Francesco! ¡Francesco!” Voces que retumban en una plaza colmada, que mezcla, en las sombras de la tarde, décadas y décadas de acontecimientos vividos, amasados por la Iglesia primada entre sus pares del mundo. La sonrisa de Francisco que saluda elevando su mano derecha, con mucha parsimonia y tranquilidad, como si desde hace días o años se hubiese ido preparando para este momento, como si hubiese nacido para ser Papa. Banderas de la Argentina, del Vaticano, de los Estados Unidos, de Brasil, de Polonia, de Alemania, eran las que yo divisaba por la televisión, mientras resonaba el himno pontificio del Estado Vaticano, y Francisco se quedaba en silencio, un tanto emocionado, bajando la mirada y cerrando los ojos. Tal vez, recordó en ese momento a sus padres o a su querida abuela Rosa Margarita Vasallo, diciéndole, cuando decidió entrar en el seminario: “Bueno, si Dios te llama, bendito sea.” Luego, volvió a pedir el micrófono para despedir a la multitud, diciendo:

*Hermanos y hermanas, los dejo. Muchas gracias por la acogida. Recen por mí y hasta pronto. Nos veremos pronto. Mañana quisiera ir a rezar a la Virgen, para que proteja a toda Roma. Buenas noches y buen reposo.*

Se fueron así sus primeras horas de intenso trajín, como Papa electo. Dicen que durante la cena que compartió esa noche con sus compañeros cardenales, hubo bromas entre ellos. Según el cardenal de Nueva York, Timothy Michael Dolan, brindaron por él y cuando Francisco lo hizo por ellos, les dijo: “Que Dios los perdone.”